

Memorias del exilio interior

ROBERTO BAÑUELAS

De regreso a mi apartamento de divorciado, identificado con la soledad y la meditación, acepté haber soñado a Martina con el recuerdo intenso de su belleza y el ardor acumulado de mi celibato monástico, que la renovación del deseo y la pasión que me provocara su lejana presencia me llevó a un lugar donde también su ausencia reinaba.

Bodas de plata

Prefiero creer que fueron mis méritos de organista de grandes templos donde la solemnidad ha servido de marco para que santos y pecadores organicen los fastos y jubileos de su existencia, los que determinaron que yo eligiera e interpretara el programa—de Johann Sebastian Bach a Cesar Franck— en la celebración de sus bodas de plata.

De los competidores y rivales menores, excepto la calidad, todo se puede esperar, incluyendo la intriga y los asociados de su resentimiento. Todos ellos, en un ensayo perfecto y rumiado en el rencor, ignoraron mi presencia. Llegado el momento de la inevitable solemnidad, a tiempo y sin matices, la emprendieron contra los autores alternantes de las oraciones que el cura recitaba, más para el micrófono que a la prolífica pareja, escoltada a la sazón por hijos solemnes y nietos impacientes.

Otorgada la bendición y organizado el grupo para caminar sin tropezar hacia la salida, de un empujón desplacé al organista usurpador y ejecuté de memoria la

Fantasia para Órgano que arreglé sobre temas de la Gran Misa en do menor, de Mozart.

No bien hube concluido mi brillante ejecución, los mercenarios se agruparon y me condujeron por la fuerza, el odio y la ira, al oscuro sótano del templo para que me extraviara entre nichos mortuorios y esculturas deterioradas de santos obsoletos por su incompetencia para la realización de nuevos milagros.

Adosada a alguna de las paredes, como incongruente retablo, palpé la cava de los vinos de consagrar: el consumo de una botella favoreció mi esperanza de poder escapar. A la falta de visión desarrollé la capacidad del tacto y, en fases promisorias, encontré primero un pesado candelabro de bronce, luego el aldabón de la puerta y, finalmente, mi decisión de golpear hasta desmontar la cerradura. Entre chirridos de voz doliente la puerta se abrió y se hizo la luz que resbalaba por una escalera de ascenso al campanario.

Esa noche, estimulado por todas las libaciones que compartió con insaciables invitados, Santiago me llamó por teléfono para darme las gracias por el sublime concierto y también, entre hipos y lloriqueos, reprochó mi ingratitud por no haber asistido al banquete. “¡Sólo una vez cumple uno veinticinco años de estar unido, carajo!”

Secuestro armónico

Los rayos del sol; los rifles de repetición, los obuses y los bastimentos —contra la puntualidad espontánea del hombre— completaban la carga que llevaban sobre los

hombros aquellos miles de candidatos elegidos por la fuerza para un heroísmo programado.

Peregrino del alba sin fin

Soñó en pensar que la vida había sido un largo y penoso camino, y que la felicidad y el amor le habían servido sólo como arma y escudo en la guerra de la envidia hostil y la incomprensión premeditada de los más destacados mediocres que, después de alcanzar el poder, prolongaban con ostentación los logros de su obra destructiva.

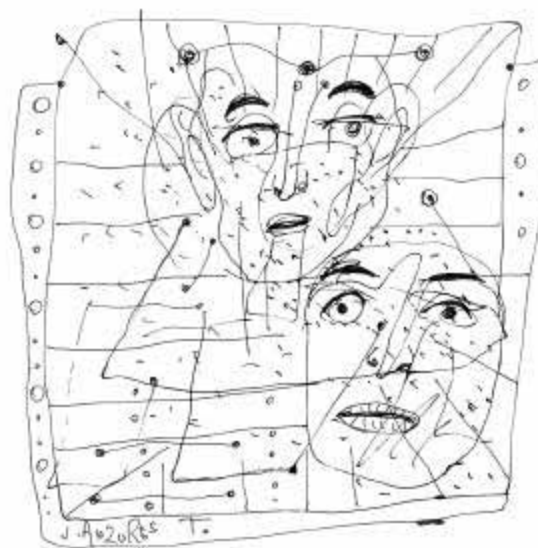
Hubiera querido despertar; pero el lento amanecer que esperaba se disolvió en una noche dilatada, indiferente a la luz congelada de las estrellas.

Convencido –no resignado– de que ya no habría retorno, se agregó a los miles de insomnes silenciosos que caminaban en una esfera (donde se alojaban las montañas, los caminos y los ríos), iluminada siempre por el resplandor de una lejana aurora que no se definía para llegar a ser otro día sin fecha.

Reina de corazones

Otra vez, más por un acto de íntima redención que de esclavizante fuerza de voluntad, Martina había cancelado los días de amarga tristeza y corrosiva depresión que la condujeron desde hacía meses a la gordura, al abandono y a la hediondez del desaseo frente a la hipnosis del ojo parlante del televisor, ensayo cotidiano y frustrado de una invitación a la muerte apetecida después de aquella decepción amorosa con aquel hombre que prefirió volver al cautiverio de su esposa domesticada y sus hijos con bajas calificaciones escolares. Ella sabía –diosa vitalicia de la adoración y de los homenajes– que por su hermosura y la gracia de bailarina española que siempre la acompañaban en su andar, gestos y los giros de su conversación, que yo, como muchos hombre que se condenarían por ella, estaba pronto a enamorarme hasta los linderos de la locura al primer indicio de su condescendencia.

Nuestro encuentro casual no fue en un idílico jardín, sino en un supermercado, entre las lechugas, los apios y las alcachofas. Nos dimos un abrazo para mitigar la quemadura de la sorpresa y besé, accidental y gozosamente, el



Javier Anzures

lóbulo de su oreja y una onda de su cabello rubio “Tenemos tanto de que hablar”, me dijo mientras lamía una lágrima con la punta de su lengua, como si exagerara la pronunciación de la c a la z. Después de anotar su nuevo domicilio, acordamos la cita para el atardecer del siguiente sábado.

Cuando llegué decidido y febril a la cita, el portero y vigilante me aseguró que la persona de ese nombre y esas señas no vivía en la casa de ese número ni en ninguna otra.

Un suave viento parecía empujar, hacia el otro lado de las montañas la luz violácea de la tarde. Mientras el hombre se sentaba sobre un tronco carcomido, con el silencio que aleteaba se oyó el traqueteo de una carreta que, tirada por dos caballos enclenques y resignados, llegó y paró frente al sitio elegido para su desamparo. Desde lo alto del pescante, con una voz lejanísima pero audible, la figura hizo una amable invitación:

– Vámonos, hijo, que ya no hay otro viaje...

El hombre subió y, muy pronto, comenzó a penetrar en la esfera de una noche inmensa.

Espíritu y materia

Coronados de amarga soledad o rodeados de parientes ofendidos por la vida, los artistas, sitiados por la incomprensión y la miseria, en doloroso turno agonizaban o morían mientras los políticos del régimen triunfante engordaban como cerdos y programaban, en estricto

calendario de vanidades, los discursos que puntualmente gruñían frente a las masas herederas del hambre.

En el umbral del futuro

Acuciado por las exigencias del rito cotidiano de la existencia común con una familia voraz y una sociedad egoísta, Eugenio Vega sustentaba sus sueños de futuro autor y erudito con la compra puntual del libro que había superado los embates del tiempo y de la crítica y que a la sazón, como esclavo del deber y sus derivados, no disponía de tiempo para leerlos pero constituirían el sumum de conocimientos, paralelo a la fuerza de su fantasía creadora a partir de su futura y cercana jubilación.

El avance inclemente de la historia de las conquistas del hombre y del hambre y de las miserias de la humanidad, lo situaban en continua desventaja para dar cumplida expresión a sus sueños, visiones y protestas; pero pronto llegaría un día en que se despertara como dueño de su tiempo y de sus obras.

Cumplido el plazo y recorrido el laberinto burocrático de la jubilación, el ojo hipnotizante del televisor secuestraba sus tardes y sus proyectos de creación, postergados con el dolor, siempre para “mañana”.

Una noche, después de la cena celebrante de otro cumpleaños, a la mitad de la lectura de un tomo de Dios un infarto le amenazó con liberarlo del aciago destino del sabio (venerado o incomprendido) que quería llegar a ser. A la mitad de una densa madrugada, entre hipos y sollozos de su parentela cargada de prejuicios murió, como si se alejara del dolor de la vida, asistido con los auxilios espirituales de un sacerdote que publicaba poemas eróticos con el pseudónimo de Ciro de la Palma.

Dos días después, cuando regresé a la capital del neblumo, sentí que volvía a respirar tranquilamente y a encontrar la línea y el peso de mi identidad.

Nueva nomenclatura

A la proliferación macrourbana, que aumenta el número de calles y avenidas, se agrega la invitación de laberintos surgidos de los asentamientos (in)humanos.

Ante la escasez de héroes y mártires para la nomenclatura (ya repetida y fatigada), se ha optado por el empleo de los nombres conocidos de corruptos impunes y renova-

bles, estableciendo así la orientación citadina que el contribuyente requiere.

Incertidumbre

Muy corto de estatura, pero abundoso de fantasía, practicaba el alpinismo en el escarpado paisaje femenino. Era, entre categórico e imperativo, un liliputiense que gustaba de las putas de gran forma, aunque, al final de gozoso acto, ellas quedarán con la triste confusión de no saber si habían hecho el amor o soñado que daban a luz.

La escalera

Cada día, un peldaño del presente caía en la oscuridad del pasado, pero el hombre seguía subiendo, penosamente, hacia lo alto de un ilusorio futuro. La escalera terminaba en una puerta fosforescente que él tocó con los nudillos, más nadie contestó ni abrió; decidió empujarla, dio un paso hacia delante y cayó, sin dolor y envuelto en un silencio dimensional, en el olvido.

Diario de guerra

Mientras las campanas llamaban a las almas piadosas para protestarse ante el altar y agradecer la vida y sus dones, los propietarios de esas almas, a la misma hora, se hacían la guerra para la conquista monopólica de todo lo material.

Dimensión de ausencia

Entre la memoria y el dolor, sentía que los siglos se habían fosilizado en su cuerpo envejecido y que el espacio se formaba de todos los cambios que hubo de recorrer en la suma doliente de su existencia.

Memorias del exilio interior

Que muchos años después de haber sido construido, estaba celebrando durante dos semanas su primer festival artístico, como si la cultura estuviera recién inventada o importada.

Él llegó con muchos minutos de anticipación y otros tantos se acumularon sobre la hora convenida... Pensarla y anhelarla hacía más de un año y...

Cuando ya comenzaba a oscurecer, una sombra, arrastrada por el viento frío, pasó junto a él. Incredulo y tenso de frustración o de tristeza, buscó un teléfono y llamó al número enlace de la cita.

La voz que contestó, quizá alguna brumosa pariente, le informó que Alejandrita no estaba..., que había muerto desde hacía más de un año y...

–Usted perdone...; lo siento mucho..., yo...– musitó el hombre, antes del llanto, porque sintió que la verdadera soledad era un vacío para llenar de olvido.

La sentencia

Cuando el sacerdote pronunció la sacramental sentencia de que ya quedaban unidos en matrimonio hasta que la muerte los separara, cada uno de los contribuyentes pensó al mismo tiempo; “¿Quién va a matar a quién?”

Muy confidencial

Me dijeron que su marido está delicado de salud.

–Es cierto; pero lo verdaderamente grave es que él nada ayuda para recuperarse... Come poco y habla menos hasta menos, ¿cómo le dijera?, está entre resignado y apático, le duele la cabeza y no quiere levantarla.

– Y ¿desde cuándo le vino ese malestar?

– Pues, haciendo memoria, creo que desde la primera vez que me atreví a hacerle la cornicure.

La resurrección

Lo daban por desaparecido, lo había llorado y hecho de sus obras país; pero fue Cristo quien lo encontró inconsciente, en una taberna de Nazaret. Primero a cubetazos de agua fría y luego con palabras de posible condenación, Lázaro se levantó y anduvo hasta llegar a casa de Martha, donde fue recibido como un resucitado.

La seducción

Mientras la gente habla hasta por los codos, los ventrílocuos quedamos desplazados de las contrataciones eventuales y, en hora oportuna maldecimos – con voz áspera y normal– lo aciago de la situación, los muñecos nos miran o se burlan en silencio.

Gracias a la ruidosa llegada de la Navidad, fui solicitado por una gran tienda para divertir y entusiasmar a los posibles clientes en el departamento de juguetes.

Después de tres días de virtuosismo bi-vocal advertí que las muñecas, desde sus estuches multicolores, no sólo decían “mamá”, “papá”, “pipi”, sino que pronunciaban con extraña fruición al nombre de mi socio-muñeco.

En el último día del año, agotado y casi afónico por tanta promoción y ventas, apenas recibí mi pago salí a toda prisa para ir a descansar en una tumba de silencio. Tendido en la tibieza de mi lecho, recordé que había olvidado a Tony entre el harén de muñecas vírgenes.

A tres meses de haber recogido a mi socio, la gran tienda ha sido demandada por haber estado realizando la escandalosa venta de muñecas embarazadas.

Sueño + Deseo = A tortura

Anoche, en el pozo profundo del sueño, se hizo la luz de las contradicciones frente a un deseo lejano. Me ví transido entre maestros que esperaban, anhelantes y resignados, la solución o el fin de una huelga que ya casi se caía de vieja. Dirigiendo o moderando una discusión frente a siete maestras exaltadas, estaba Obdulia, serena y con las manos apoyadas sobre las rodillas de sus piernas abiertas en un ángulo que obligaba a hipnotizarse con el punto luminoso del clítoris de su pubis rasurado porque ella, en un acto contundente de protesta, estaba totalmente desnuda. Para evitar la condena equívoca de otra fascinación, no la saludé de beso ni de mano, sino con sólo burocrático “buenos días, Obdulia”, y me encaminé hacia la salida del edificio, cargando el peso agobiante de su imagen turbadora y sintiendo la casi cortante quemadura de su mirada.



Castañeda